DICCIONARIO

DE

MODISMOS

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 28 - Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 82 á 84)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

SU EXCELENCIA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1896

SU EXCELENCIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SU EXCELENCIA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO LARA el día 5 de Abril de 1890

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

—

1896

716854

A Pepe Estremera

recuerdo cariñoso de su amigo

Vital

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA ANICETA.....	SRA.	VALVERDE.
LUISA.....	SRTA.	RODRÍGUEZ.
DON FRUTOS.....	SR.	TAMAYO.
RODRÍGUEZ.....		RUBIO.
PEPITO.....		RUIZ DE ARANA.
DON MELQUIADES.....		GALVÁN.
MANUEL.....		CAPILLA.

La acción en Madrid.—Época actual

ACTO UNICO

Despacho elegante.—Puerta al foro y laterales en los primeros términos.—Segundo término derecha (del actor), balcón.—Segundo término izquierda, chimenea con espejo.—Mesa ministro en la derecha.—Enfrente del sillón una silla volante.—En la izquierda, un velador. A la derecha de éste una silla volante, y á la izquierda un sofá.—Sobre la mesa, carpeta, recado de escribir, papelera, algunos libros y legajos, un «tan-tán,» y una caja da cigarros habanos, abierta.

ESCENA PRIMERA

LUISA, luego doña ANICETA

LUISA (Vestida para salir á la calle y mirándose al espejo.) Así.., más echado sobre los ojos... (Poniéndose el sombrero.) Tiene razón Pepito. Este sombrero me favorece mucho. La verdad es que al verme, nadie dirá que soy una señorita recién llegada á Madrid. (Se pone los guantes.) Como que en el pueblo era yo siempre la que ponía las modas.

ANI. (De mantilla, por la primera izquierda, y poniéndose los guantes.) Cuando quieras, hija.

LUISA Pero, mamá, por Dios, ¿vas á ir así al Congreso?

ANI. ¿Cómo así?

LUISA Sin sombrero.

ANI. Sí, hija, sí. Con la mantilla voy mucho más cómoda. Cuando me pongo el sombrero lle-

vo la cabeza que no me atrevo á moverla para ningún lado.

LUISA ¡Pero, por Dios, mamá! A la tribuna del Congreso van, según dice Pepito, las señoras más elegantes de Madrid.

ANI. Supongo que allí, como en todas partes, habrá de todo.

LUISA Bien; pero nosotras somos la familia de un diputado.

ANI. Sí; eso es verdad. Me pondré el sombrero. (Se quita la mantilla y se pone el sombrero con grandes bridas, que estará sobre la chimenea.)

LUISA Ahí lo tienes. Figúrate que papá hable esta tarde. (Ayudándola.)

ANI. Hablará. Ya sabes que tu padre es de los que hablan en todas las sesiones. El podrá no pronunciar discursos largos porque no es orador; pero, en cambio, es de los que llaman á las cosas por su nombre: al pan pan, y al vino vino. Como que es un diputado honrado y desinteresado.

LUISA Demasiado.

ANI. Tienes razón. Otros con menos méritos están ocupando grandes posiciones oficiales.

LUISA Si papá parece tonto. Yo no sé en qué piensa que no acepta un buen destino.

ANI. No lo acepta... porque no se lo han ofrecido todavía.

LUISA ¿Cómo se lo han de ofrecer? Si siempre está diciendo: «Yo no soy como la mayoría de los políticos; yo no busco el medro personal; no quiero posiciones, ni títulos, ni nada. Me basta con la satisfacción de servir lealmente á mi país.»

ANI. Sí; todo eso es muy bonito, pero poco práctico.

LUISA Naturalmente.

ANI. Ya verá cómo yo hago que cambie de modo de pensar. Para eso me empeñé en venir á Madrid. En los catorce meses que tu padre estuvo aquí solo, no sacó nada de la política.

LUISA Ni un mal destino para el pobre Pepito; y eso que es sobrino suyo.

ANI. Ya se le colocará. Yo te lo aseguro.

LUISA Un chico tan bueno y con su carrera de abogado. Pero, naturalmente, los abogados, si no les dan algún destino, no sirven para nada.

ANI. Vaya, hija, acaba de abrocharme estos guantes, porque yo no puedo.

LUISA Voy... (Pellizcándola sin querer.)

ANI. ¡Ay!...

LUISA Perdona... (Acabando de abrochar los botones.) Oye, mamá, ¿acertaremos las dos solas al Congreso?

ANI. Sí, mujer, ya preguntaremos; no nos suceda la del otro día que, queriendo ir al Retiro, fuimos á parar á la Estación del Norte.

LUISA Es claro, si no conocemos todavía las calles.

ANI. Ni á nadie. Por eso quiero ir al Congreso; para saber cómo tienen la cara los ministros. —¡Jesús! ¡Qué dichoso sombrero! ¡Parece que está una agarrotada!—Vaya, vamos.

LUISA Aquí viene Pepito. (Desde el foro.)

ANI. Me alegro, nos acompañará.

ESCENA II

DICHAS y PEPITO, con unos paquetes

PEP. Buenas tardes, tía.

ANI. Hola, sobrino.

PEP. ¿Qué es eso? ¿Van ustedes á salir?

LUISA Sí; vamos al Congreso. (1)

PEP. ¿Al Congreso á estas horas? (Mirando su reloj.) Son ya las seis y media. De fijo que ya ha concluído la sesión.

ANI. Pues si Frutos nunca viene hasta cerca de las ocho.

PEP. Bueno; porque el tío, como la mayor parte de los diputedos, se queda luego charlando en el salón de conferencias.

ANI. ¿Sí? Pues vamos á ese salón.

---

(1) Derecha del actor.—Luisa —Pepito.—Doña Aniceta.

PEP. Tía, por Dios... Si en ese salón no se permite la entrada á las señoras.

ANI. ¡Ah! Vamos... es reservado de caballeros. Pues me parece una falta de galantería.

PEP. Déjenlo ustedes para mañana, y yo las acompañaré.

LUISA Sí, mamá, mañana iremos. (Quitándose el sombrero y los guantes.)

ANI. Bueno, bueno. Como querais. (Se suelta en seguida las bridas del sombrero, y se quita los guantes.)

PEP. Aquí traigo las esquelas de ofrecimiento de casa.

ANI. Me alegro. Hay que mandarlas en seguida á todos los amigos de Villamoral.

PEP. Supongo que será esto lo que ustedes querían: (Leyendo.) «Don Frutos García de la Quintana, diputado por Villamoral, y doña Aniceta Rodríguez de García de la Quintana, ofrecen á ustedes su casa, Pizarro, 40, principal.»

ANI. Muy bien. ¿Has mandado hacer mis tarjetas?

PEP. Sí, señora, aquí están.

ANI. ¿A ver? (Lee.) «Aniceta Rodríguez de García de la Quintana.» ¿Nada más?

PEP. En las tarjetas de las señoras casadas no se acostumbra á poner las señas del domicilio.

ANI. No es eso. Es que á mí me gustaría que dijeran: «Aniceta Rodríguez de García de la Quintana, diputado por Villamoral.» Que sepan que es una algo.

PEP. No es costumbre.

ANI. Si no es costumbre, no digo nada. Ea, hasta que venga Frutos, podeis ir poniendo unas cuantas esquelas. Aquí está la lista de nuestras relaciones. (Sobre la mesa.) Tú dictas (A Luisa.) y Pepito escribe los sobres.

LUISA En seguida.

PEP. Con mucho gusto.

ANI. Yo voy á quitarme este sombrero, porque no puedo más. El vivir en la corte tiene muchos inconvenientes. En Villamoral con una bata suelta y unas zapatillas, estaba yo tan ricamente... Hasta luego.

LUISA Hasta luego, mamá. (Se sientan á la mesa Luisa y Pepito, uno frente del otro.)

PEP. Adiós, tía.

ANI. (¡Pobrecitos! Hay que dejarles alguna expansión.) (Vase primera izquierda.)

PEP. ¡Monísima!

LUISA Vamos, no seas tonto. (Lee la lista.) «Señor alcalde de Villamoral.»

PEP. ¡Ay! ¡Qué manitas más ricas! (Cogiéndoselas.)

LUISA ¡Por Dios, hombre!

PEP. Déjame.

LUISA Que no.

PEP. Nada más que un beso en la mano. (Yendo á besársela.)

ANI. (Presentándose.) Pepito...

PEP. (Escribiendo.) «Besa la mano al señor alcalde de...»

ANI. A esas cartas no les pongas sello ninguno, que Frutos se encargará de echarlas en el Congreso. Que saquemos algo siquiera de la política.

PEP. Está bien, sí, señora. (Vase doña Aniceta.)

ESCENA III

LUISA y PEPITO, á la mesa

LUISA ¿Lo ves? Por poco nos sorprende mamá. (1)

PEP. No lo puedo remediar. Cuando estoy á tu lado me dan unas intenciones...

LUISA Formalidad; y escribe.

PEP. Ya he concluído con el alcalde.

LUISA «Indalecio Pereda.»

PEP. ¡Antipática! (Dándole en la cara con el mango de la pluma.)

LUISA ¡Vamos!... «Juan Sánchez y García.»

PEP. (Escribe.) «... y García.»

LUISA «Prudencia...»

PEP. Pero, mujer, si no te hago nada.

LUISA «Prudencia Andrade, viuda de Ortiz.»

---

(1) Pepito.—Luisa.

PEP. ¡Ah!... (Escribe.) «... Ortiz.»

LUISA «Benita Rosales.»

PEP. ¡Bonita!

LUISA No; Benita.

PEP. Si á quien yo llamo bonita es á tí, rica de mi alma, prima de mi corazón.

LUISA Pepito, por Dios, ten formalidad.

PEP. ¡Formalidad!... Eso es que tú ya no me quieres.

LUISA ¿Que no, eh?

PEP. No eres la misma que hasta hace quince días me escribía aquellas cartas de ocho pliegos desde Villamoral. Se conoce que en Madrid has encontrado á alguno...

LUISA Yo no he encontrado á nadie. Soy la misma de siempre. Te quiero á tí; y sólo á tí.

PEP. ¿Es de veras? (Muy contento.)

LUISA Sí, hombre, sí; (Lee.) «Bonifacio Menéndez.»

PEP. Repítemelo otra vez.

LUISA «Bonifacio Menéndez.»

PEP. No es eso. Digo que me repitas otra vez que no quieres á nadie más que á mí.

LUISA Pues no lo repito, ea; nada más que por desconfiado.

PEP. ¡Ay, Luisita de mi alma! La culpa de estas dudas la tiene tu padre. Si me hubiese dado un buen destino, como era su deber, ya habría pedido tu mano y puede que ya estuviéramos casados. ¡Esto de ser uno sobrino de un diputado y no sacar nada del Gobierno! ¿Sabes cómo llaman á tu papá—á mi tío—todos mis amigos del café? Pues le llaman el tío de Alcalá, que ni es tio ni es *ná*.

LUISA Estoy conforme contigo. Papá ha debido colocarte.

PEP. Naturalmente. Cuando un diputado tiene un sobrino, ya se sabe lo que se hace con él: se le da una buena credencial. Eso es lo que hacen todos. Pero como á tu padre se le han metido esas tonterías en la cabeza, y habla siempre de su desinterés y de su puritanismo... Francamente, los puritanos me gustan en la Opera; pero en el Congreso me revientan.

LUISA No desconfíes. Mamá me ha dicho que va á hacer que papá cambie.

PEP. ¿De partido?

LUISA No: de modo de pensar.

PEP. Eso, bueno; pero de partido que no cambie, por Dios; porque él, á pesar de esos alardes de independencia, está considerado como de la mayoría, y para sacar destinos del Gobierno, no hay como ser de la mayoría.

LUISA Si ese papá tiene unas extravagancias... Con eso de estar hablando siempre de que él no aspira más que á representar á sus electores, los ministros no le ofrecen nunca ninguno de esos cargos tan importantes.

PEP. Eso mismo me dijo el otro día un amigo mío que escribe en varios periódicos, y gracias al cual, un tío suyo llegó nada menos que á ministro de Marina.

LUISA ¿Gracias á él?

PEP. Sí, señor: Una vez que ocurrió una crisis parcial en yo no recuerdo qué Gabinete, mi amigo se acordó de su tío, un buen señor que estaba de brigadier en la Armada en Cartagena, sin meterse para nada en política .. Pero tantos bombos le soltó su sobrino en los periódicos; tantas veces dijo que nadie como el pundonoroso señor Fulano para ocupar la cartera de Marina por sus dotes de inteligencia, de rectitud y de entereza de carácter, que el presidente lo mandó llamar y lo metió de cabeza en el Ministerio.

LUISA ¿Si, eh?

PEP. Como lo oyes. Así es que yo tengo un plan. (Con misterio.)

LUISA ¿Tú?

PEP. ¿No vas á decir á nadie una palabra?

LUISA A nadie! (Pepito y Luisa se levantan. Él va á la puerta primera izquierda, por si les escuchan.)

PEP. Pues bien; estos días se habla de que el ministro de Ultramar desea dimitir (1).

LUISA Bien, ¿y qué?

---

(1) Luisa.—Pepito.

PEP. Que, si dimite, poco he de poder, ó le doy esa cartera á tu padre.

LUISA Tú sí se la darás; pero falta que los demás ministros piensen como tú.

PEP. Bueno. Yo suelto la noticia. Lo que resulte luego, sólo Dios lo sabe. Tengo ya en mi casa cinco mil ejemplares de un extraordinario, que me han costado mi dinero, y que pienso lanzar á la publicidad en cuanto sea un hecho la salida de ese ministro.

LUISA La idea no es mala, pero...

PEP. Tú déjame á mí. Pero, por Dios, que no descubras mi proyecto.

LUISA Pero ¿qué? ¿Desconfías de mí?

PEP. No, rica de mi alma, prima de mi vida, Luisa de mi corazón.

LUISA ¡Tonto!

ANI. (Dentro.) Luisa...

LUISA ¡Ay! Me llama mamá. Voy (1).

PEP. Vete. Yo seguiré esta lista. Adiós, fea. (Cogiéndole la mano.)

LUISA Adiós, antipático. (Pepito va á besar la mano de Luisa, pero ella la retira de pronto y se besa las suyas.) ¡Tonto! ¡Tonto! y... ¡tonto! (Desde la puerta primera izquierda y riéndose del chasco de Pepito.)

ESCENA IV

PEPITO, luego MANUEL

PEP. La verdad es que tengo una prima que no me la merezco; y un tío... que no me le merezco tampoco. Por supuesto, que él habla mucho de su independencia y de su desinterés; pero como le ofreciesen una cartera... En fin, ya veremos.

MAN. (Por el foro.) Señorito Pepe...

PEP. ¿Qué hay?

MAN. Un caballero que viene preguntando por el señor.

---

(1) Pepito.—Luisa.

PEP. ¿Le has dicho que no está?

MAN. Sí, señorito; pero dice que desea hablar con cualquiera de la familia.

PEP. ¿Quién es?

MAN. No le conozco. El dice que es presidente de no sé qué cosa.

PEP. Que pase, que pase. Le recibiré yo. (Vase Manuel.) ¿Quién podrá ser? Alguna incumbencia de los electores, de seguro.

MAN. Pase usted, caballero. Por aquí. (Se presenta Rodríguez. Vase Manuel.)

ESCENA V

PEPITO y RODRIGUEZ. Este personaje, de unos cincuenta años de edad, vestirá con cierta distinción y elegancia, pero revelando en algunos detalles la escasez de recursos.—Llevará, por ejemplo, un sombrero de copa algo deslucido, pañuelo al cuello, cubriendo el de la camisa, y puños postizos y sueltos, que con frecuencia, al accionar, se ve obligado á ocultar en las mangas de la levita

ROD. ¿Se puede?

PEP. Adelante.

ROD. Con su permiso.

PEP. Tome usted asiento.

ROD. Muchas gracias. (Se sienta al lado de la mesa y enfrente de Pepito. que aún permanecerá en pie.)

PEP. Ya le habrán dicho á usted que el señor García de la Quintana no ha llegado todavía.

ROD. Sí, señor. Lo siento mucho; pero no importa.

PEP. Si desea usted algo...

ROD. Sí, señor. ¿Usted es hijo de don Frutos?

PEP. No, sobrino nada más.

ROD. ¡Ah, caballero! (Se levanta, estrecha la mano de Pepito y vuelve á sentarse.) ¡Qué tío tiene usted! Puede usted sentirse orgulloso.

PEP. Me siento, sí, señor; (Sentándose en el sillón.) me siento orgulloso.

ROD. Esos son los verdaderos representantes del país. (Al accionar da un puñetazo sobre unos legajos que habrá sobre la mesa.) ¡Qué conducta tan noble! ¡Qué talento tan práctico! ¡Qué honra-

dez de principios! ¡Qué altura de miras! Y, sobre todo, ¡qué conciencia tan limpia, y qué desinterés en todos sus actos!

PEP. Mucho desinterés, mucho.

ROD. Puede usted envanecerse de pertenecer á la familia de ese padre...

PEP. Repito á usted que no soy más que sobrino.

ROD. Bueno; puede usted envanecerse de ser sobrino de ese padre... ¡de la patria!...

PEP. ¡Ah! ¡Ya!

ROD. Esos, esos son los diputados que yo votaría siempre. (Segundo puñetazo. Pepito, sin que Rodríguez lo note, retira los legajos.)

PEP. ¿Es usted, acaso, de sus electores?

ROD. No, señor; yo no soy de los electores, y mucho menos de los elegidos. ¡Yo soy un desgraciado, caballero!

PEP. (¿Eh?)

ROD. Una víctima de las ideas, un mártir de la política.

PEP. ¡Ya!

ROD. Usted al verme vestido de este modo, dirá seguramente...

PEP. No, yo no digo nada.

ROD. Bien; pero podrá usted sospechar que estoy nadando en la opulencia. ¡No, caballero! ¡Yo no nado en nada! Estoy completamente en seco. He empeñado ya cuanto tenía que empeñar; pero por nada del mundo me desharé de estas prendas tan necesarias para que no se me cierren las puertas de las casas en que pueden y deben protegerme. (Tercer puñetazo.—Se lastima al dar con los nudillos sobre la mesa.) Ya le he dicho á usted que yo soy un mártir de mis ideales; de la causa de la libertad. Yo me he arruinado por la política. Soy, y lo digo con la frente muy alta, expresidente de la junta revolucionaria de Valdetorres. Esta honrosa cicatriz (Extendiendo el brazo derecho para enseñarle á Pepito una cicatriz que tendrá en el dorso de la muñeca.) es el certificado de mi valerosa conducta en las barricadas. Yo no he sido, cómo otros, un revolucionario platónico, no; yo he defendi-

do siempre mis ideas con las armas en la mano.

PEP. ¿Con el sable? (Con sorna.)

ROD. Con el sable ó con el fusil, según las circunstancias.

PEP. Naturalmente.

ROD. (Viendo la caja de cigarros.) (¡Buenos cigarros!) ¿Usted fuma? (Llevándose las manos al bolsillo de pecho de la levita, como si fuera á sacar la petaca.)

PEP. No, gracias.

ROD. Pues yo sí. Con su permiso. (Coge un puro.)

PEP. (¡Eh!)

ROD. No puedo contenerme. El tabaco me atrae. Es un vicio que me domina por completo. Perdóneme usted; pero me he dejado en casa la petaca.

PEP. (Lo que te has dejado en casa es la vergüenza.)

ROD. (Después de encender el cigarro.) ¡Ah, caballero! Yo soy... (Va á dar el cuarto puñetazo, pero de pronto se detiene.)

PEP. Dispense usted; (Se levanta.) pero tengo que hacer, y le ruego... (Indicándole la salida.) que...

ROD. Volveré, sí, señor; volveré más tarde. (Se levanta.)

PEP. No, no hace falta.

ROD. ¡Ah, caballero! (En el proscenio derecha y teniendo á su espalda la mesa.) Usted, sin duda, se ha creído que yo soy uno de tantos desdichados como hay en Madrid que, después de importunar á una persona con la narración de sus fingidas desventuras, acaban siempre por pedirle un duro. ¡No, señor!

PEP. Me alegro.

ROD. ¡Yo jamás he pedido un duro á nadie!

PEP. Usted dispense.

ROD. Con tres ó cuatro pesetas me quedo tan conforme.

PEP. ¡Ya! Pues lo siento mucho, pero no tengo suelto.

ROD. Volveré; ya le he dicho á usted que volveré. (Sin que Pepito lo note, con la mano izquierda coge unos cuantos puros y los mete sigilosamente en el sombrero, que tendrá en la mano derecha.)

PEP. Y yo le repito á usted que no hace falta.

ROD. No le molesto más. (Dándole la mano.) Patricio Rodríguez, expresidente de la junta revolucionaria de Valdetorres.

PEP. Muy señor mío.

ROD. Mártir de sus ideas, víctima de la política.

PEP. Sí... (Y sablista de profesión.) Servidor de usted.

ROD. Beso á usted la mano.

PEP. Cúbrase usted.

ROD ¡No, no! Muchas gracias. (Se dirige hacia la izquierda.)

PEP. Vaya usted con Dios. No, por ahí no. Por ahí. (Indicándole el foro.)

ROD. ¡Ah, sí! Patricio Rodríguez... expresidente de..

PEP. ¡Ya, ya!

ROD. La honrosa cicatriz... (Mostrándosela.)

PEP. Estoy enterado. ¡Abur! (Vase Rodríguez.) ¡Canario con el hombre! ¡Y parecía un personaje! (Bajando al proscenio.) Si no puede uno fiarse en las apariencias.

ESCENA VI

PEPITO y DON MELQUIADES

MEL. Buenas tardes, Pepito.

PEP. Felices, don Melquiades.

MEL. ¿En dónde están las señoras?

PEP. Por allá dentro.

MEL. Llámelas usted. Deseo darles la enhorabuena.

PEP. ¿Sí? ¿Por qué?

MEL. Por el discurso que Frutos ha pronunciado esta tarde.

PEP. ¡Ah, vamos! (Llama primera izquierda.) ¡Tía!... ¡Luisita!...

MEL. Aquello es hablar, y aquellas son las verdades del Barquero.

PEP. Conque ha estado bien mi tío, ¿eh?

MEL. Notable.

PEP. ¿Y de qué ha hablado?

MEL. De dos cuestiones importantísimas. De la inmoralidad administrativa en Cuba...

PEP. Perfectamente.

MEL. Y de la empleomanía.

PEP. Eso ya no me parece tan bien.

MEL. Pues á mí sí.

PEP. Es claro; como usted es rico y no necesita que lo coloquen...

MEL. La fortuna que tengo la he adquirido con mi trabajo, no firmando nóminas ni fumando cigarrillos en las oficinas del Estado.

PEP. (Estos amigos son los que echan á perder á mi tío.)

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA ANICETA y LUISA

ANI. ¿Nos llamabas?

MEL. Señoras...

ANI. ¡Hola, don Melquiades!

MEL. Reciban ustedes mi cumplidísima enhorabuena.

ANI. Pues, ¿qué pasa?

MEL. Que Frutos ha pronunciado esta tarde un discurso notabilísimo.

ANI. ¿Sí? ¡Qué lástima!

MEL. ¿Cómo lástima, señora?

ANI. Que no hayamos podido oirle.

MEL. ¡Ah! Pues les hubiera encantado á ustedes como á mí y como á todo el que tenga sentido común. (Doña Aniceta le indica que se siente, y don Melquiades lo hace al lado de la mesa, ella en la silla volante, que está junto al velador, y Luisa y Pepito en el sofá.)

ANI. ¿Le aplaudirían mucho? (1)

MEL. No, señora. Esos discursos no se aplauden. Producen sensación y se escuchan en silencio. ¡El aplauso! Eso es lo que pierde á nuestros políticos. Aquí sobra retórica y falta sinceridad.

---

(1) Don Melquiades.—Doña Aniceta.—Luisa.—Pepito.

ANI. Dice usted muy bien.

PEP. (Aparte á Luisa.) ¿A que nos catequiza á tu madre?

LUISA (Aparte á Pepito.) No lo creo.

ANI. Supongo, sin embargo, que Frutos no se habrá colocado en frente del Ministerio.

PEP. No, señora; él habla siempre detrás de los ministros. Cómo es de la mayoría...

MEL. Frutos no es de la mayoría ni de ninguna parte. Es lo que debe ser: un diputado independiente.

PEP. Bueno, sí; pero...

MEL. ¡Buen cuidado le da á él el Gobierno! Al gobierno es al que, más de cuatro veces, le pone en un aprieto su marido de usted.

ANI. ¿Sí, eh? (Empieza á oscurecer.)

MEL. ¡Ya lo creo! Como que si pudieran taparle la boca se la taparían. Pero no hay peligro. Frutos es un caracter muy entero y no se doblega fácilmente.

ANI. Eso, sí; á terco hay pocos que le ganen.

MEL. ¡El gobierno! ¡Bueno anda el gobierno!

PEP. ¿Qué? ¿Hay crisis? (Con gran interés.)

MEL. Sí, señor. Por fin ha salido el ministro de Ultramar.

ANI. ¿Para dónde?

MEL. Para ninguna parte. Ha dimitido su cargo.

PEP. Pero, ¿es de veras?

MEL. Y tan de veras. Como que ya hay tres ó cuatro que andan á caza de la cartera.

PEP. ¿Tres ó cuatro? (Levantándose.) (Pues yo lanzo el quinto. Esta es la ocasión.) (Aparte á Luisa.) Hasta luego.

ANI. ¿Te marchas?

PEP. Sí, señora; voy á casa. En seguida estoy de vuelta.

ANI. Vete con Dios.

MEL. Abur, Pepito. (Dándole la mano.)

PEP. Hasta después. (A Luisa, que le acompaña hasta el foro.) (Lo que fuere sonará.) (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos PEPITO

ANI. Supongo que esta noche nos acompañará usted á cenar.

MEL. Sí, señora; con mucho gusto.

ANI. Aquí seguimos como en el pueblo: montados á la española. Eso de comer el cocido por la noche me parece una barbaridad.

MEL. Y muy dado á indigestiones.

ANI. Tiene usted razón. Niña: dile á Manuel que traiga las luces.

LUISA Aquí viene ya. (Entra Manuel con unos candelabros y enciende la lámpara de la mesa de despacho.)

MEL. ¿Qué tal, niña? ¿Cómo nos encontramos en Madrid? (1)

LUISA Muy bien. Y eso que todavía no hemos visto nada.

MEL. Me parece que usted con ver á su primo tiene ya bastante. ¿No es verdad, señora?

ANI. No lo sé. Ellos se están diciendo siempre tonterías

MEL. ¿Se dicen tonterías? Pues están enamorados, no le quepa á usted duda.

LUISA Sí, señor, que me gusta mi primo; pero como el pobrecillo no tiene posición...

ANI. Es claro. Su tío no quiere protegerle...

MEL. ¿Qué? ¿Otra sanguijuelita más? Que trabaje, que haga lo que yo. A los doce años de edad me mandaron mis padres á Cuba; y allí, amarrado al mostrador y cargando fardos de tejidos, logré reunir una fortunita.

LUISA Es que no todos sirven para cargar fardos. Pepito tiene un título académico.

MEL. ¡Caramba!

ANI. Sí, señor; es doctor en derecho.

MEL. ¿Abogado?

LUISA Justo, abogado del ilustre colegio de Madrid.

MEL. Pues como no se las busque por otro lado,

---

(1) Luisa.—Don Melquiades.—Doña Aniceta.

ya tiene bastante para morirse de hambre el pobrecito.

LUISA (¡Pepito, tendero! ¡Pues no faltaba más!)

ESCENA IX

DICHOS y DON FRUTOS por el foro, seguido de MANUEL

FRU. Buenas noches. (Se quita el gabán.)

MEL. ¡Oh! ¡Aquí tenemos al orador! (Se levanta y va á saludarle.)

FRU. ¡Hola, Melquiades! ¿Tú por aquí? (Manuel lleva el sombrero y el gabán puerta primera derecha; sale luego y vase por el foro.)

MEL. He venido á felicitar á tu mujer y á tu hija.

ANI. Ven acá, hombre; ven acá. Ya sé que esta tarde te has lucido.

FRU. ¡Pshe! (Se abrazan.)

LUISA Que sea enhorabuena, papá. (Le abraza.)

FRU. Gracias, hija. Pero no hagais caso de Melquiades.

MEL. ¿Cómo que no? (1)

ANI. Lo que siento es no haber ido esta tarde á la tribuna.

FRU. Te guardarás muy bien de ir. Ya sabes lo que os tengo dicho. Las mujeres no hacéis falta en el Congreso para nada. Siéntate, Melquiades. (Se sienta éste donde antes. Don Frutos en la silla volante y doña Aniceta en el sofá.)

ANI. Pero hombre, ¡por Dios!...

FRU. Si fuera presidente de las Cortes, prohibiría la entrada á las señoras.

MEL. Y á los periodistas.

FRU. No, á esos no. Yo soy partidario de la libertad de la prensa, de la libertad de enseñanza, de la libertad de asociación... de la...

ANI. Eso, eso; mucha libertad, pero las mujeres en casita.

LUISA (Hablan de política. No me gustan estas cosas.) (Vase primera derecha.)

MEL. Dice bien Frutos. Como que las señoras no

---

(1) Luisa.—Don Melquiades.—Don Frutos.—Doña Aniceta.

van al Congreso más que á distraer á los diputados.

FRU. Y á que las regalen caramelitos.

MEL. Justo.

FRU. Esa es otra de las cosas que yo suprimiría. El que quiera caramelos que los compre. Os digo que no transijo con ciertas costumbres y con ciertas fórmulas. Vamos, ¿no es ridículo que en el Congreso nos pongamos todos de *sus señorías* que no hay por donde cogernos? ¿Pido yo la palabra? Pues que el presidente me diga: «la tiene usted» ó «la tienes tú,» si nos tuteamos. Esto es lo natural, señor. Lo demás es pura comedia.

MEL. Aquello es una farsa, señora, créame usted.

FRU. Como que allí somos muy contados los que decimos las verdades.

MEL. Contadísimos. (Saca del bolsillo de la levita algunos caramelos.—Ofrece uno á Melquiades, él se come otro, y el resto se lo da á doña Aniceta.)

FRU. Hay hombre que por una credencial llama hoy blanco á lo que ayer le parecía completamente negro.

ANI. Vamos, sí; no distingue de colores.

FRU. De lo que no distinguen es de otra cosa. Por supuesto que á mí ya me conocen todos. Ya saben que no se me tapa la boca con un pedazo de turrón. (Se levanta y va á la mesa á dejar unos papeles.)

MEL. ¡Bueno eres tú! (1)

FRU. Por fortuna, yo no necesito depender de nadie. Tengo bastante para vivir; y si los que me eligieron esperaban que yo iba á repartir credenciales, estaban muy equivocados.

ANI. Bien, hombre. Bueno que no pidas para los electores, pero...

FRU. Nada; yo no necesito nada. Estoy bien como estoy.

MEL. Muy bien dicho.

ANI. Sin embargo, yo creo...

FRU. No te canses en convencerme, porque yo no

---

(1) Don Frutos—Don Melquiades—Doña Aniceta.

he de cambiar. (Con energía.) Ya sabes con qué carácter he venido á estas Cortes.

ANI. Sí; con un carácter insufrible.

FRU. No, señor; con carácter independiente; para decir todo lo que crea que debo decir.

MEL. Así debe ser.

FRU. Ya has oído esta tarde, (A Melquiades.) porque supongo que habrás estado en la tribuna.

MEL. Toda la sesión.

FRU. Pues bien; ya comprenderás que yo no podía tolerar, sin protesta, qué Pérez fuese nombrado intendente general en Cuba.

MEL. Claro que no.

ANI. ¿Qué Perez es ese?

FRU. Un bandido; un hombre que ha hecho una fortuna con estafas y dilapidaciones. (1)

MEL. Dilapidaciones, esa es la palabra.

ANI. (Pues no sé lo que es.)

FRU. Yo no sé si al gobierno le habrá parecido bien ó mal mi protesta; pero me tiene sin cuidado. ¡Hay cosas que me indignan! Bien claro lo dije. (En tono de discurso y apoyando las manos en el respaldo de la silla.) La administración de nuestras Antillas es un foco de corrupción y de inmoralidad. (Doña Aniceta, que está sentada al extremo izquierda del sofá, á cada párrafo del discurso, se acerca á la derecha, como atraída por la elocuencia de su marido.)

MEL. ¡Eso!

FRU. La recaudación por derechos de aduanas, disminuye visiblemente y de una manera vergonzosa.

MEL. ¡Justo!

FRU. Confiar nosotros la defensa de los sagrados intereses de la patria á un hombre de discutible competencia y de reconocida inmoralidad, sería lo mismo que autorizar el fraude y declararnos encubridores de todo linaje de bajezas.

MEL. ¡Así se habla!

ANI. Pero, ¿de veras has dicho todas esas atrocidades?

---

(1) Don Melquiades—Don Frutos—Doña Aniceta.

FRU. Como que yo no me muerdo la lengua. Dije que Pérez es un pillo, así, con todas sus letras. (Sentándose.)

ANI. ¡Ay, Dios mío! Te pedirá una satisfacción... tendréis un lance.

FRU. No temas. Pérez no me ha oído. Está en Filipinas.

ANI. ¡Ah, vamos! (Se oye dentro la voz de un chiquillo que pregona.)

VOZ (Dentro.) El extraordinario que acaba de salir ahora.

FRU. ¿Eh? ¿Qué pregonan? (Levantándose.)

MEL. Un extraordinario. (Idem.)

FRU. ¡Ah, sí! Será la dimisión del ministro de Ultramar.

MEL. No tardarán en encontrarle sustituto.

FRU. ¡Qué han de tardar! Si nuestros políticos no tienen más que una ambición: la de ser ministros.

ANI. Pues me parece muy natural.

FRU. Aniceta no digas tonterías. La ambición está reñida con el desinterés ¿Te parecería regular que yo, por ejemplo, aceptase una cartera?

ANI. No me parecería regular, me parecería muy bien.

FRU. Pues no me conoces. ¡Líbreme Dios de semejante tentación!

MEL. ¡Ah, señora! Como todos los políticos fueran como Frutos, otra cosa sería de nuestro país. Pero diputados como éste, se encuentran muy pocos. (Abrazandole.)

FRU. Gracias, gracias. Tú me haces justicia.

ESCENA X

DICHOS y PEPITO jadeante y con un papel en la mano

PEP. Buenas noches.

FRU. Hola, Pepito.

PEP. ¡Ay! Dispénseme usted que me siente. He

venido á escape. ¿Han oído ustedes pregonar un extraordinario? (1)

FRU. Sí, hace un momento.

PEP. Pues aquí lo traigo.

FRU. ¿Y qué dice?

PEP. El nombre del nuevo ministro de Ultramar.

FRU. ¿Sí? ¿Y quién es?

PEP. Entérese usted. (Le da el papel á don Frutos, que se sienta al lado de la mesa.)

MEL. Un cualquiera, de seguro.

FRU. Algún ambiciosillo de tres al cuarto. (Mientras saca los lentes.) Veamos. (Lee.) «Ultima hora. El consejo de ministros ha designado para ocupar la cartera de Ultramar al elocuentísimo, probo, infatigable y consecuente...» ¡Eso! ¡A mal Cristo, mucha sangre!

MEL. Sigue, sigue.

FRU. «Infatigable y consecuente diputado por Villa... mo... ral...» ¡Eh! (Levantándose sorprendido.)

MEL. ¡Cómo!

ANI. ¡Qué! (Se levanta y se acerca á don Frutos.)

FRU. «Señor García de la Quintana.» (¡Dios mío!) (2)

ANI. ¡Es imposible! (Contentísima.)

MEL. ¡Tú ministro!

FRU. «Nuestras Colonias están de enhorabuena.» (¡Gracias!)

MEL. Pero, ¿dice eso de veras?

FRU. Míralo, ahí está bien claro. (Le da el papel.)

ANI. ¡Ay, Frutos de mi alma! (Don Frutos le estrecha las manos con efusión.)

PEP. (Ya decía yo que le había de agradar la noticia.)

FRU. Este es el resultado de mi discurso de esta tarde.

MEL. Es claro. El gobierno se figura que tú eres uno de tantos botarates políticos. Debes renunciar inmediatamente.

FRU. Hombre, te diré... yo..

MEL. ¿Cómo! ¿Ya vacilas?

---

(1) Don Melquiades—Don Frutos—Pepito—Doña Aniceta.

(2) Don Melquiades—Don Frutos—Doña Aniceta—Pepito.

FRU. No es que vacile, pero... se trata de servir á á nuestras Colonias.

MEL. ¡Qué oigo!

FRU. Yo, ante todo, soy un hombre bien educado y no puedo ni debo desairar á los ministros que me han honrado con esa distinción.

ANI. Naturalmente.

MEL. Perdone *Su Exceleneia.* (Con sorna.)

FRU. No hay de qué.

MEL. Pero, hombre, ¿es posible que tú?...

FRU. ¡Sí, señor, yo!

MEL. ¿Con qué cara te vas á sentar en el banco azul? (Indignado.)

FRU. Con ninguna. En los bancos no se sienta uno con la cara.

MEL. ¡Bien, hijo, bien! ¡Adelante con los ciriales!

ANI. (No le hagas caso.) (A Frutos.)

MEL. ¡Bonito nombramiento! ¿Frutos y ministro de Ultramar? Ya sé cómo van á llamarte los periódicos de oposición.

FRU. ¿Cómo?

MEL. *Frutos colonialcs.*

FRU. Sí, ¿eh? Pues con sentarle la mano á uno de esos periodiquitos, no vuelven á decir una palabra los demás.

MEL. Pero, ¿y esa libertad de la prensa?

FRU. La libertad de la prensa, como todas las libertades, tiene sus límites. (Con energía.)

MEL. Sí. Lo único que no tiene límites es tu frescura y tu falta de aprensión.

FRU. ¡Melquiades!

ANI. ¿Pero, has visto? (A Pepito.)

PEP. (Déjele usted.)

MEL. ¡Buenos estais los diputados íntegros é independientes!

FRU. Debo advertirte que tengo perfecta conciencia de mis actos, y que no necesito consejos de nadie. (Se acentúa el tono de la reyerta.)

MEL. Es claro; tú no necesitas más consejos que los de ministros.

FRU. Precisamente.

MEL. ¡Pues, anda, anda! Vete á firmar el nombramiento de Pérez.

FRU. ¡Quién sabe! Cuando el Gobierno lo propone, sus razones tendrá.

MEL. ¿Y eres tú el que hablaba hace poco de las inmoralidades administrativas de Cuba?

FRU. ¿Y eres tú quien me recrimina ahora, cuando gran parte de la fortuna la debes á esas mismas inmoralidades?

MEL. ¿Yo?

FRU. ¡Sí, señor, tú! Hay que decirlo todo...

MEL. ¡Frutos!...

FRU. Tú, y otros como tú, sois los que habéis corrompido aquella administración.

MEL. ¡Protesto!

FRU. Protesta lo que quieras, pero tú mismo me has confesado que más de cuatro veces hiciste pasar como bultos de esparto, cargamentos completos de sedería.

MEL. Eso no tiene nada que ver. Yo no era un empleado del Gobierno, yo iba á mi negocio.

FRU. ¡Es claro! Y para ir á los negocios, el camino más decente es sobornar á los empleados y defraudar á la Hacienda.

MEL. ¡Vaya, vaya! (Cogiendo el sombrero.) No quiero discutir contigo. Quede en paz *Su Excelencia.*

FRU. ¡Vete con Dios!

MEL. ¡Abur, señora! (Vase furioso por el foro.)

ANI. Páselo usted bien.

ESCENA XI

DON FRUTOS, DOÑA ANICETA y PEPITO

FRU. ¿Pero, has visto qué hombre? (Después de una pausa, y como reponiéndose del altercado anterior.)

ANI. ¡Envidia! ¡Eso no es más que envidia!

FRU. ¡Claro que sí!

PEP. (Con esto y con que el Gobierno no me haga caso nos hemos lucido.)

ANI. ¡Tú ministro! ¿Quién me lo había de decir?

FRU. Más tarde ó más temprano, tenía que suceder.

ANI. ¡Y creías que tu discurso de esta tarde habría disgustado al Gobierno!

FRU. El presidente me distingue mucho. Ayer nos encontramos en uno de los pasillos del Congreso y me dijo: Adiós, Catón.

ANI. ¿Cartón?

FRU. No, mujer, Catón.

ANI. ¿Y qué es eso?

FRU. Pues, llamarle á uno Catón, es decirle que es íntegro y severo en sus costumbres. (Se sienta en el sillón de la mesa y escribe una carta.)

ANI. Ya sabe el presidente lo que se dice.—Y la niña que ignora todavía...

FRU. Llámala, mujer, llámala.

ANI. ¡Luisa!—¡Qué alegría va á tener!—¡Luisita!

ESCENA XII

DICHOS y LUISA, por la primera derecha

LUISA ¿Llamas, mamá?

ANI. Ven acá, hija mía. ¿No sabes una cosa?

LUISA ¿Qué? (1)

ANI. Que tu papá está indicado para la cartera de Ultramar.

LUISA Ya lo sé. (Con indiferencia.)

ANI. ¿Has leído el extraordinario?

LUISA No, señora, pero...

PEP. ¡Lo presentía! (2) Luisa presentía el triunfo de su papá. (¡Mujer, por Dios!) (A Luisa.)

LUISA ¡Justo, sí! Tenía ese presentimiento.

ANI. ¿Y no te alegra la noticia?

PEP. (Alégrate, mujer.) (A Luisa.)

LUISA ¡Vaya! ¿No he de alegrarme?... ¡Muchísimo! Que sea enhorabuena, papá.

FRU. Gracias, hija mía, gracias. (Sigue escribiendo.)

ANI. Veremos realizarse nuestros ensueños.

LUISA (A Pepito) (Pero, le harán ministro de veras?)

PEP. (¡Quién sabe! ¡Acuérdate del tío de mi amigo!)

---

(1) Don Frutos.—Luisa.—Doña Aniceta.—Pepito.

(2) Don Frutos.—Luisa.—Pepito.—Doña Aniceta.

FRU. Pepito. (Levantándose.)
PEP. Mande usted, tío.
FRU. Toma. (1). Deja esta carta en la Presidencia del Consejo de ministros. (Cerrándola.)
PEP. Está muy bien. (2).
FRU. Le digo al presidente (A doña Aniceta.) que acabo de enterarme de su resolución, y que la acepto muy gustoso.
ANI. Perfectamente.
PEP. (¡Ay, Dios mío! ¡Esto se complica!) (A Luisa.)
FRU. Además te llegas al telégrafo y pones varios telegramas á las personas de más viso de Villamoral. (A Pepito.)
ANI. ¡Eso es!
FRU. Ahí van tres duros. (Dándoselos.) No te detengas.
PEP. Voy, voy.
LUISA (¿Qué vas á hacer?) (A Pepito.)
PEP. (Pues guardarme la carta y el dinero, y esperar á ver lo que resulta.) Hasta luego. (Vase.)
FRU. Adiós.
LUISA (¡Virgen Santa! ¿Qué resultará?)

ESCENA XIII

DICHOS, menos PEPITO

FRU. Oye, Aniceta.
ANI. ¿Qué manda el señor ministro? (Con zalamería.)
FRU. ¡Tonta! (Haciéndola una caricia.) Avisa en la cocina y que hagan té. (3)
ANI. ¿Qué? ¿Te sientes mal?
LUISA ¿Estás malo, papá?
FRU. No, hijas, no; pero esta noche tendré visitas, y aquí se acostumbra á dar tazas de té á todos los que vengan.
ANI. ¡Ah! No lo sabía. Anda, hija, díselo á la muchacha. (Medio mutis de Luisa.) ¡Ah!

---

(1) Don Frutos.—Pepito.—Luisa.—Doña Aniceta.
(2) Pepito.—Luisa.—Don Frutos.—Doña Aniceta.
(3) Luisa.—Don Frutos.—Doña Aniceta.

LUISA (Volviendo.) ¿Qué? (1).

ANI. Habrá que advertir á la cocinera y al criado que tienes tratamiento.

FRU. No, no hace falta. (Con fingida modestia.)

ANI. Sin embargo, yo creo que deben darte *Su Excelencia*. ¿No es esa la costumbre?

FRU. Bueno, como tú quieras... Tienes razón. Deben respetarse las costumbres.

ANI. Claro que sí. Anda, hija, saca el servicio bueno de té y las cucharillas de plata sobredorada.

LUISA En seguida, mamá. (Voy á rezar una salve á Santa Rita para que nos saque con bien del atolladero en que Pepito nos ha metido.) (Vase foro izquierda.)

ESCENA XIV

DON FRUTOS y DOÑA ANICETA

FRU. Pues, señor, ¿querrás creer que, sin poderlo remediar, me siento orgulloso de mí mismo?

ANI. No me choca; yo estoy también que no *cabo* en mí; digo, *cupo*...

FRU. *¡Quepes!*

ANI. *¡Quepo!* ¿Lo ves? Si la emoción me *luenga la traba*... ¡Jesús!

FRU. ¡Tranquilízate!... Tranquilicémonos. — De fijo, el que propuso mi candidatura fué el presidente... Es un hombre muy práctico y que conoce á la gente que le rodea.

ANI. Oye, y en vez de la carta, ¿por qué no vas tú mismo á darle las gracias?

FRU. No. Vendrá él seguramente aquí.

ANI. ¡El!

FRU. Es la costumbre. Cuando se nombran ministros nuevos, el presidente va á visitarles á sus propias casas.

ANI. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué honra para nosotros! ¿Y es simpático ese señor? Porque yo no le conozco.

---

(1) Don Frutos.—Doña Aniceta.—Luisa.

FRU. Es una persona agradabilísima. ¡Todo un caballero! Los que vendrán también seguramente son los periodistas.

ANI. ¿A qué?

FRU. ¡Toma! A pedirme datos biográficos. Por cierto que no tengo, y esto es indispensable... (Se dirige á la mesa.) ¡No! Conocerían mi letra y no está bien. Mira, Aniceta, mientras viene Pepito, haz el favor de sentarte ahí, que yo te iré dictando. Escribes con bastante claridad, y para ser mujer no estás del todo mal en ortografía.

ANI. Bueno, bueno. (Haciendo una reverencia.) A las órdenes de *Su Excelencia*. (Se dispone á escribir.)

FRU. ¡Burlona! (Dándole una palmadita en la cara.) Pon ahí. (Se pasea mientras dicta.) «El nuevo ministro de Ultramar...» Con letra gorda, que se vea bien.

ANI. (Escribe.) Está.

FRU. Debajo: «Don Frutos García de la Quintana...»

ANI. (Escribiendo.) «Quintana.»

FRU. «Hijo...»

ANI. De Ciriaco y Matea, difuntos.

FRU. No, mujer, eso no hace falta. «Hijo de una distinguida familia de Extremadura...»

ANI. «De Extremadura.»

FRU. «Nació en Villamoral el 14 de Abril de 1838.»

ANI. Treinta y cinco. Me llevas tres años justos.

FRU. Es indiferente. No me interrumpas.

ANI. (Escribiendo.) «Nació...» Después de *nació* pondré una coma, ¿eh?

FRU. No, mujer.

ANI. Es que ya van dos renglones.

FRU. ¿Y qué?

ANI. Que yo creía que á cada dos renglones se ponía siempre una coma.

FRU. Escríbelo todo seguido. Ya pondré yo luego puntos y comas donde hagan falta.

ANI. Bueno, como gustes; «de 1835.»

FRU. (Se empeñó.) «Desde su infancia reveló una inteligencia clarísima.»

ANI. ¿Quién?

FRU. Yo. ¿Quién ha de ser?

ANI. Perdona, como dices *reveló.*

FRU. Naturalmente. No he de decir *revelé.* No está bien que yo diga ciertas cosas.

ANI. Tienes razón. (Escribe.) «Desde su infancia reveló...» Oye, ¿qué es lo que has revelado, que ya no me acuerdo?

FRU. Una inteligencia clarísima.

ANI. «Clarísima.»

FRU. «Y una energía de carácter nada común...»

ANI. ¿Común? No me gusta la palabra.

FRU. Pues pon «nada vulgar».

ANI. Eso es. «Vulgar.» Suena mejor.

FRU. «Cursó con aprovechamiento la primera y segunda enseñanza...»

ANI. Muy bien.

FRU. Por eso digo con aprovechamiento.

ANI. No, si lo que yo digo es que me parece bien.

FRU. Bueno, no me interrumpas, y escribe.

ANI. «Enseñanza.»

FRU. ¿Qué más? ¡Ah, sí! «Se dedicó á la cría del ganado de cerda.»

ANI. Pero, hombre...

FRU. Sí. Es verdad. No pongas eso. Quita los cerdos. «Fué varias veces alcalde...» Esto sí. (Paseando y repitiéndolo entre dientes.)

ANI. «Varias veces alcalde.»

FRU. «Y hoy es...»

ANI. Sí. Oigo perfectamente.

FRU. No digo *oyes*, digo *hoy es.* Hoy—ahí está la coma—es...»

ANI. ¡Ah! «Hoy»—aquí está la coma—«es...»

FRU. «Diputado á Cortes por su distrito natural...»

ANI. Naturalmente.

FRU. (Después de pensar.) No se me ocurren más datos. ¿Qué otra cosa he sido yo? (A doña Aniceta.) No recuerdo ningún acontecimiento importante.

ANI. Habla de cuando me conociste.

FRU. ¡Mujer!

ANI. O de cuando nos casamos. Me parece que más importante...

FRU. No me refiero á mi vida privada. Necesito algún detalle de mi vida pública.

ANI. Pues di lo de aquellas elecciones, cuando te

hicieron un chichón en la frente de un estacazo.

FRU. No es eso. Me hace falta algún rasgo que vigorice mi personalidad. Algo saliente.

ANI. Pues más saliente que aquel chichón, que era como un puño...

FRU. ¡A ver! A ver cómo va eso. (Coge la cuartilla.)

ANI. No sé si lo entenderás.

FRU. Perfectamente.—¡Pero Aniceta!

ANI. ¡Qué! (Levantándose.)

FRU. Una falta de ortografía horrible. «Ministro de Hultramar.» ¡Ultramar con hache!

ANI. Naturalmente. Habana, ¿no se escribe con hache?

FRU. Sí, señor (1).

ANI. Pues Habana y Ultramar son una misma cosa.

FRU. ¡Vaya, vaya! Le daré estos datos á un periodista amigo mío, que es una especialidad para estos trabajos, y me hará una biografía que ni la de Mendizábal (2). Si viene alguna visita, que tenga la bondad de esperar, sobre todo si es el presidente del Consejo. Voy á adecentarme un poco. Lo dicho, Aniceta, me siento orgulloso de mí mismo. (Abrazando á doña Aniceta.)

ANI. ¡Anda con Dios, simplón!

FRU. ¡Adiós, ministra! (Vase don Frutos por la primera derecha.)

ESCENA XV

DOÑA ANICETA sola. Luego MANUEL

ANI. ¡Vamos, si me parece un sueño! ¡Frutos ministro! ¡Qué envidia me van á tener todas las amigas del pueblo! ¡Digo! ¡Si la boticaria supiera que esta noche voy á recibir nada menos que al presidente del Consejo!

---

(1) Doña Aniceta.—Don Frutos.

(2) Don Frutos.—Doña Aniceta.

MAN. (Por el foro.) ¡Señora!
ANI. ¿Qué hay?
MAN. Un caballero que pregunta por el señor.
ANI. Por *Su Excelencia.*
MAN. No, señora; por el señor.
ANI. Es que el señor es *Su Excelencia.*
MAN. ¡Ah! No lo sabía.
ANI. ¿Y quién es?...
MAN. Pues, ese caballero que dice que es presidente de yo no sé qué cosa.
ANI. (¡Dios mío!) Que pase en seguida. (Vase Manuel.) ¡El presidente del Consejo de ministros! Me siento verdaderamente emocionada. (Se dirige á la primera derecha.) Frut... ¡No! Estará vistiéndose.

ESCENA XVI

DOÑA ANICETA, RODRIGUEZ. Luego MANUEL

ROD. Señora...
ANI. Caballero... (¡Es él! No hay más que verlo.)
ROD. Perdone usted si vengo á molestarla.
ANI. De ninguna manera. Todo lo contrario. Dígnese usted de sentarse.
ROD. Con su permiso. (¡Qué señora tan fina!) (Se sientan los dos. Doña Aniceta al lado de la mesa y Rodríguez en la silla volante que está junto al velador.)
ANI. (¿Qué tratamiento tendrán los presidentes?) (1)
ROD. ¿Es la esposa del eminente estadista señor García de la Quintana, á quien tengo la honra de saludar?
ANI. La honra es mía.
ROD. ¡Ah, señora! (Se levanta y le da la mano ceremoniosamente.) Tiene usted un esposo que es un modelo de caballeros.
ANI. Gracias. (Se levanta y vuelve á sentarse.)

---

(1) Doña Aniceta.—Rodríguez.

ROD. (Dándole otra vez la mano.) ¡Un político ejemplar!

ANI. Mil gracias. (El mismo juego anterior.)

ROD. (Idem.) ¡Una gloria del Parlamento!

ANI. Muchísimas gracias. (Idem.)

ROD. Justicia, no es más que justicia. (Doña Aniceta se levanta para darle la mano nuevamente, al mismo tiempo que Rodríguez vuelve á sentarse en la silla volante.—Pausa.)

ANI. (¡Ay, el té!) (Dando con el macillo en el tan-tán.)

ROD. (¡Eh!) (Dando un salto sorprendido.)

ANI. ¿Usted querrá tomar una taza de té?

ROD. ¡Señora! Con muchísimo gusto. (Manuel ha entrado y se coloca detrás de doña Aniceta.)

ANI. Voy en seguida. (Se levanta y se dirige al foro sin ver á Manuel.) Estos criados... ¡Manuel! (En la puerta del foro.)

MAN. Señora.

ANI. ¡Ah! (Volviéndose.)

ROD. (Esto se presenta admirablemente.)

ANI. Una taza de té.

MAN. En seguida. (Vase Manuel, foro izquierda.)

ANI. (Ha vuelto á sentarse.) Mi esposo está en su habitación, pero saldrá al momento.

ROD. No, que no se moleste.

ANI. Ya esperaba su visita de usted.

ROD. ¿Sí, eh?

ANI. Frutos le agradece en el alma que usted se haya acordado de él.

ROD. ¿De veras? (¡No va á ser sablazo el que yo voy á dar á esta familia!)

ANI. Va usted á perdonarme una cosa.

ROD. ¿El qué?

ANI. El que le trate de usted.

ROD. ¡Señora!

ANI. Ignoro cómo debe tratárseles á ustedes.

ROD. Pues así, con mucha confianza.

ANI. No le choquen mis dudas; pero como hace tan poco tiempo que estoy en Madrid...

ROD. ¡Ah! ¿Es usted nueva en esta plaza, digo, en esta corte?

ANI. Sí, señor. Llevo aquí unos veinte días.

ROD. ¿Veinte días no más? (¡Veinte duros lo menos!) (Entra Manuel con el servicio de té, que coloca sobre el velador y se retira.)

ANI. Ya está aquí el té. (Se levanta.) ¿Me permitirá usted que se lo sirva.

ROD. Señora, sentiré que usted se moleste (1).

ANI. De ningún modo. Tengo yo en ello una verdadera honra. (Se dispone á servir el té.)

ROD. (¡Pues, señor! ¡No me han recibido así en mi vida!)

ANI. (Sirviendo el té.) ¿Usted lo toma solo?

ROD. No, señora, con azúcar...

ANI. ¿Digo que si lo quiere usted con leche?

ROD. Bueno, ponga usted leche. (Alimenta más.)

ESCENA XVII

DICHOS y LUISA

LUISA (¿Una visita? ¿Quién será?) Buenas noches.

ROD. Señorita. (Levantandose.)

ANI. No se moleste usted. (2) Mi hija.

ROD. Servidor. (Vuelve á sentarse.) ¿Ustedes gustan? (Empieza á tomar el té.)

ANI. Muchas gracias.

ROD. (¡Buena cucharilla! ¡Oro macizo!)

LUISA (Aparte á doña Aniceta.) ¿Quién es ese caballero?

ANI. (Aparte á Luisa.) ¿Pues no lo sabes?

LUISA (No.)

ANI. (El presidente del Consejo de ministros.)

LUISA (¿Cómo? ¿Luego es de veras que papá?...) (Muy alegre.)

ANI. (¡Pero, hija, por Dios, ahora salimos con esas!)

LUISA (¡Ay qué gusto! ¡Razón tenía Pepito!) (Para sí.)

ROD. Si usted me permite me pondré otra taza. (Se sirve otra taza.)

ANI. Sí, señor; las que usted quiera. (Se sientan; doña Aniceta donde antes, y Luisa en el sillón de la mesa.)

ROD. ¡Ah! Señora. Aqui, donde usted me ve, yo soy un desgraciado.

---

(1) Rodriguez—Doña Aniceta.

(2) Luisa—Doña Aniceta—Rodriguez.

ANI. Lo creo. La política debe de proporcionar muchos disgustos.

ROD. ¡Muchísimos! ¡No lo sabe usted bien! ¡Yo soy un mártir de mis ideales!

ANI. Sí que lo será usted.

ROD. ¡Una víctima de las ingratitudes!

ANI. Lo comprendo.

ROD. ¡Yo me he arruinado por la política!

ANI. Lo creo, sí, señor.

ROD. Y no me avergüenzo de decirlo. ¡Hoy no tengo nada, absolutamente nada! ¡Ni un cuarto!

ANI. Vea usted. Y luego dirán por ahí que roban ustedes.

ROD. (¿Eh?)

ANI. ¡Y llama usted Catón á mi marido!

ROD. (¿Yo?)

ANI. Usted sí que es un Catón.

ROD. (¡Cómo!)

ANI. Bien dice Frutos. ¡Mientras tenga el Gobierno un presidente tan digno y tan honrado, está asegurada la tranquilidad del país! (En tono de discurso.)

ROD. (Pero, ¿qué dice esta señora?) ¿Me pondrá otro tacita? (Se sirve otra taza.)

ANI. Las que usted guste.

ESCENA XVIII

DICHOS y PEPITO

PEP. Ya estoy de vuelta. (Viendo á Rodríguez.) ¡Hola! ¿usted por aquí?

ROD. Sí, señor.

ANI. ¿Pero qué, se conocían ustedes? (Se levanta.)

PEP. Un poco. (1)

ROD. (Este me va á espantar la caza.) (Sigue tomando el té.)

PEP. Oiga usted, tía. (Aparte.) (¿Le ha dado usted algo al señor?)

---

(1) Luisa—Doña Aniceta—Pepito—Rodríguez.

ANI. (Ya se ha tomado tres tazas de té.) (Aparte á Pepito.)

PEP. (¿Nada más?)

ANI. (¿Te parecen pocas?)

PEP. (¿Pero usted sabe ya quién es?)

ANI. (Hijo, por Dios, ni que fuera tonta.) Y ese Frutos que no acaba .. (1) ¡Frutos! (Yendo á la puerta primera derecha.)

FRU. (Dentro.) Voy.

ANI. Ya le ha oído usted. (A Rodríguez.) Dice que viene. (A la puerta.) Sal pronto, que aquí te está esperando el señor presidente del Consejo de ministros.

ROD. (¡Caracoles!) (Levantándose sorprendido.)

PEP. ¡Pero tía!

ANI. ¿Qué?

PEP. ¿Qué presidente es ese?

ANI. El señor.

PEP. ¿Está usted loca? (2)

ROD. (¡Adiós mi dinero!)

LUISA ¿Cómo? (Acercándose.)

PEP. ¡Si el señor es un desdichado!

ROD. ¡Sí, señora, sí; un desdichado!

PEP. Un tirador de sable. (Aparte a Aniceta.)

ANI. (¡Virgen santa!)

ROD. (Pues yo me llevo algo.) (Se guarda la cucharilla en el bolsillo del pecho de la levita.)

ANI. Caballero... (3) Ya he visto...

ROD. ¡Qué! (Alarmadísimo y llevándose la mano al bolsillo donde está la cucharilla.)

ANI. Que me he equivocado.

ROD. ¡Ah! (Tranquilizándose.)

PEP. Ignoraba que fuese usted un maestro de armas...

ROD. ¿Yo?

PEP. La señora lo ha dicho de una manera muy culta. Supongo que usted lo habrá comprendido. ¡Manuel! (Llamando.) Puede usted tomar la puerta.

---

(1) Doña Aniceta, Luisa, Pepito, Rodriguez.

(2) Luisa, doña Aniceta, Pepito, Rodríguez.

(3) Luisa, Pepito, doña Aniceta, Rodríguez.

ROD. Tomaré también la puerta, sí, señor. Ahora mismo. (Se presenta Manuel.)

PEP. Acompañe usted al señor. (A Manuel.)

ROD. Gracias. (Tres tazas de té y una cucharilla. No se ha perdido la tarde.) A los pies de ustedes.

ANI. Beso á usté la mano. (Con desprecio.)

LUISA Usted lo pase bien.

ROD. Servidor. (A Pepito, mostrándole la cicatriz de la muñeca.) Patricio Rodríguez... ¡La honrosa cicatriz!

PEP. ¡Vaya usted, vaya usted con Dios! (Vase Rodríguez.)

ESCENA XIX

DICHOS, menos RODRIGUEZ. Después DON FRUTOS, de frac

ANI. ¡Qué vergüenza, Dios mío! Yo que me había creído...

LUISA Ya me parecía á mí (1).

PEP. Si ese hombre es un vividor, un tunante.

ANI. ¡Por Dios, que Frutos no lo sepa! Diría que nos habíamos puesto en ridículo.

PEP. Descuide usted. No diremos nada.

LUISA Ahí sale.

FRU. (Presentándose.) ¿Dónde está, dónde está el presidente?

ANI. ¿Qué presidente?

FRU. ¿Pues no acabas de decirme?...

ANI. ¿Yo?

LUISA Si mamá no ha dicho nada.

PEP. Ni una palabra.

FRU. ¿No? Pues yo hubiera jurado que estaba aquí el presidente del Consejo.

ANI. (Yo también lo hubiera jurado.)

FRU. Bueno, no importa. Ya vendrá. Sentémonos. (Se sienta al lado de la mesa. Doña Aniceta en el sofá.)

PEP. (A Luisa.) (Hace bien en esperarle sentado.) (2).

LUISA ¿Crees tú?... (A Pepito.)

---

(1) Luisa.—Pepito.—Doña Aniceta.

(2) Don Frutos.—Luisa.--Pepito—Doña Aniceta.

PEP. Mucho me lo temo.

MAN. (Dentro.) Sí, señor. Puede usted pasar. Aquí está todavía.

FRU. ¡Eh! (Levantándose.) Alguien viene.

ANI. ¡Dios mío, si será!... (Levantándose.)

PEP. (Que ha ido á la puerta del foro.) ¡Si es don Melquiades!

FRU. ¿Otra vez ese hombre?

ANI. ¡Después de lo que le has dicho!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON MELQUIADES. Al final, MANUEL

MEL. Muy buenas noches.

FRU. (Con sequedad.) Felices.

MEL. Extrañarás seguramente que habiéndome marchado cuando me marché, vuelva tan pronto por aquí.

FRU. Yo no extraño nada. (1).

MEL. Sin embargo, tiene su explicación. Confieso que antes llegué á dudar de tu nombramiento de ministro.

ANI. ¡Eh!

MEL. Pero ahora...

LUISA / PEP. } ¿Qué? (Con ansiedad.)

MEL. Vengo de la Presidencia, y ya he salido de dudas.

LUISA ¡Qué gusto! (Muy contenta.)

PEP. ¡Ay, Luisita de mi alma!

MEL. (No comprendiendo la alegria de Luisa y Pepito.) (¡Bueno!)

FRU. No me choca. Eso es lo humano. Duda uno siempre de los triunfos de los amigos.

MEL. Sí, puede que sea eso.

FRU. Pues conste que yo, lo que soy ó lo que llegue á ser no se lo debo á nadie. Me lo debo á mí mismo.

LUISA (A Pepito.) (¡Yo se lo digo!) Perdona, papá,

(1) Luisa.—Pepito—D. Melquiades.—Don Frutos.—Doña Aniceta.

pero tu triunfo de hoy se lo debes á otra persona.

FRU. ¿A quién?

LUISA A Pepito.

ANI. ¿Cómo?

LUISA Esa hoja extraordinaria es suya.

FRU. ¡Tuya!

MEL. ¡De usted!

PEP. Sí, señor. La escribí yo, y me ha costado mi dinero.

FRU. Pero no me explico...

PEP. Pues es muy sencillo. Yo me dije: «Hay crisis; mi tío vale mucho, pero necesita que lo empujen. El Gobierno no tiene candidato: necesita que lo pinchen.» Y ahí tiene usted el resultado.

FRU. ¡Es claro; empujando aquí, y pinchando allá! (1). ¡Déjame que te abrace! (Lo abraza.) Siempre dije yo que tú eras un muchacho de mucho talento.

PEP. Gracias, tío.

FRU. (A Melquiades.) Por si dudaras todavía, aguarda unos instantes. El presidente del Consejo de ministros no debe tardar.

MEL. Ya te he dicho que vengo de la Presidencia.

FRU. Sí, ya lo sé.

MEL. Sabes también que soy amigo del secretario particular del jefe del Gobierno.

FRU. Bueno; ¿y qué?

MEL. Que me ha dado esta carta para ti. (Dándosela.)

FRU. ¡Ah, vamos! El presidente no podrá venir, y me dirá que vaya.

ANI. Indudablemente (2).

FRU. (Se sienta al lado de la mesa. Todos, menos don Melquiades, le rodean.—Lee.) «Muy señor mío y de mi distinguida consideración.» (Alegría en los semblantes.) «Es usted víctima...» (¿Eh?) (Tran-

---

(1) Luisa —Pepito.—Don Frutos.—Don Melquiades.—Doña Aniceta.

(2) Luisa.— Pepito.— Don Frutos.— Doña Aniceta.— Don Melquiades.

sición de todos.) «de una broma de mal género...» (Se levanta.)

ANI. ¡Cómo!

PEP. } ¡Que!
LUISA }

FRU. «La cartera de Ultramar está ya concedida al señor González.» ¡Santo Dios!

ANI. ¡Qué desengaño!

PEP. ¡Buena la hemos hecho! (A Luisa.) (1)

FRU. «El gobernador ha dado orden de prender al autor de esa hoja extraordinaria.»

PEP. (¡María Santísima!)

FRU. ¡Y yo que escribí al presidente diciéndole que aceptaba la cartera, y que mandé telegrafiar á Villamoral!... ¡Qué ridículo más espantoso!

PEP. ¡No! Por eso no tema usted.

FRU. ¡Quítese usted de mi vista! (Cogiendo una silla. Luisa y doña Aniceta le contienen.)

PEP. Pero tío... Si aquí está todavía esa carta.

FRU. ¡Eh!

PEP. Y aquí tiene usted los tres duros.

FRU. ¿Es de veras?

PEP. ¡No quise hacer nada, hasta ver lo que resultaba!

FRU. ¡Pues ya ves lo que ha resultado! (Con resignación. Doña Aniceta se sienta muy triste al lado de la mesa. Pepito y Luisa hacen grupo con ella.)

MEL. Lo que ha resultado es que á tí, como á casi todos los políticos, se os puede tapar la boca con un pedazo de turrrón. (Llevandoselo al proscenio izquierda.) (2)

FRU. Pero hombre, por Dios! ¡Una cartera no es un pedazo de turrón, es toda una confitería!

MEL. ¡Nada! Tranquilízate y no temas el ridículo. Ya le he dicho al secretario que estabas indignadísimo con la publicación de esa hoja extraordinaria.

FRU. ¡Y lo estoy! (Mirando á Pepito.)

---

(1) Pepito—Luisa—Don Frutos—Doña Aniceta—Don Melquiades.
(2) Pepito—Luisa—Doña Aniceta—Don Frutos—Don Melquiades.

MEL. Yo podré hacer pasar la seda por esparto, pero no dejo que mis amigos pasen por tontos.

FRU. ¡Ay, Melquiades de mi alma! (Le abraza.)

ANI. ¿Qué es eso? ¿Qué busca usted? (1) (A Manuel. que habrá entrado momenos antes á recoger el servicio de té y que busca algo, sin encontrarlo.)

MAN. La cucharilla. ¿La han recogido ustedes?

ANI. Nosotras, no; debe de estar ahí.

MAN. Pues no parece.

ANI. ¡Ay, Dios mío! ¡Se la ha llevado el presidente del Consejo de ministros!

FRU. ¡Eh! ¿Quién?

ANI. ¡Nadie! Yo sé lo que me digo.

FRU. ¡Aniceta! ¡Haz el equipaje! ¡Mañana mismo al pueblo!

PEP. ¡Sí, señor, y yo también! ¡No sea que me prendan!

MEL. ¡Caramba, hombre, no es para tanto!

FRU. ¡Sí lo es, créeme! Hoy me he puesto á prueba. Un diputado independiente, que no sabe resistir á las tentaciones, debe meterse en su casita. ¡A Villamoral! Allí, tú (A Aniceta) con tus gallinas, yo con mis cerdos, y la niña... con su novio, seremos completamente felices.

AL PÚBLICO

Por apuesta singular
y con título forzado,
el autor pudo lograr
ver su empeño realizado.
Unicamente le resta,
—y hablo en nombre del autor, —
saber si al ganar la apuesta
ganó también tu favor.

FIN

(1) Pepito—Luisa—Doña Aniceta—Manuel—Don Frutos—Don Melquiades.

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

¡BASTA DE MATEMÁTICAS! juguete cómico en un acto y en prosa, original.

EL PARIENTE DE TODOS, juguete cómico en un acto y en verso, original.

DESDE EL BALCÓN, juguete cómico en un acto y en verso, original.

LA VIUDA DEL ZURRADOR [1], parodia en un acto y en verso.

EL AUTOR DEL CRIMEN, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

APROBADOS Y SUSPENSOS, pasillo cómico en un acto y en verso, original. (Sexta edición.)

HORAS DE CONSULTA, sainete en un acto y en verso, original.

NOTICIA FRESCA [2], juguete cómico en un acto y en verso. (Sexta edición.)

TRAS DEL PAVO [3], apropósito en dos actos y en prosa, original

PACIENCIA Y BARAJAR, comedia en un acto y prosa.

CALVO Y COMPAÑÍA, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

PÉREZ Y QUIÑONES, comedia en un acto y en prosa, original.

CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE, juguete cómico en dos actos y en verso, original. (Tercera edición.)

TURRÓN MINISTERIAL, apropósito en un acto y en prosa, original.

LLOVIDO DEL CIELO, comedia en dos actos y en verso, original. (Tercera edición.)

PERIQUITO [1], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA [1], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID! [1], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS [1], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

EL MEDALLÓN DE TOPACIOS [2], drama cómico en un acto y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [1], comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [1], refundida en dos actos.

LA CALANDRIA [1], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE [1], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

PRESTÓN Y COMPAÑÍA [4], sainete un un acto y en verso, original.

PARIENTES LEJANOS, comedia en dos actos y en verso, original.

CARTA CANTA, juguete cómico en un acto y en verso.

ROBO EN DESPOBLADO [1], comedia de gracioso, en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)

LAS CODORNICES, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Sexta edición.)

DE TODO UN POCO [5], revista cómica-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

JUEGO DE PRENDAS, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

TIQUIS-MIQUIS, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

¡UN AÑO MÁS! [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

¡ADIOS MADRID! refundida en dos actos.

PENSIÓN DE DEMOISELLES [5], humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.

SAN SEBASTIÁN, MARTIR, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

PARADA Y FONDA, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Séptima edición.)

BODA Y BAUTIZO [5], sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.

EL VIAJE A SUIZA, [5], vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

PERECITO, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

LA ALMONEDA DEL 3.º [1], comedia en dos actos y en prosa, original.

CORO DE SEÑORAS [1], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

LOS TOCAYOS, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

EL PADRON MUNICIPAL [1], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LOS LOBOS MARINOS [1], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL SOMBRERO DE COPA, comedia en tres actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL SUEÑO DORADO, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

SU EXCELENCIA, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

EL SEÑOR CURA, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

EL REY QUE RABIÓ [1], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

EL OSO MUERTO [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

VILLA-TULA (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reiflingen*.

ZARAGÜETA [1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

CHIFLADURAS, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa. (Segunda edición.)

LA REBOTICA, sainete en prosa, original. (Cuarta edición.)

OBRAS NO DRAMÁTICAS

TODO EN BROMA, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picon, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Segunda edición aumentada.)

---

1 En colaboración con Miguel Ramos Carrión.
2 Idem id. José Estremera.
3 Idem id. José Campo-Arana.
4 Idem id. Eusebio Blasco.
5 Idem id. Miguel Echegaray.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.a*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.